

CELDAS VII

El thriller que estabas esperando

Emil&dmil



PRIMERA PARTE

BERA

«Existen fracturas del alma que nunca se cierran con el tiempo, sino que colonizan la estructura del yo.

Ante una sensación insoportable, el paciente suele manifestar una alteridad compensatoria: una voz, un rastro, una fuerza que no le pertenece, pero que respira a su mismo compás.

A este fenómeno del “acompañante necesario” los psiquiatras lo han bautizado con infinidad de nombres, pero todos ellos comparten una misma característica: alguien asume la carga de la realidad cuando el yo principal decide, sencillamente, dejar de estar y olvidar.»

Doctora Elena Valdés.

Extraído del Tratado sobre la soledad del trauma, 1972:

Anatomía de la disociación reactiva.

Nueve años atrás

A Bera ya no le quedaba aire, solo un sabor a óxido que le subía por la garganta con cada zancada. El pasillo del reformatorio se le hacía interminable, como si fuese una pesadilla; el ambiente era un lodo denso y sucio que se adhería a su piel sudorosa. Detrás, el eco de los pasos de sus perseguidores no denotaba prisa. Aquellas cinco sombras que la hostigaban no necesitaban correr; caminaban con la parsimonia de quien sabe que la presa ya ha alcanzado el fondo de la ratonera.

Al final del corredor, la luz del atardecer se filtraba por una ventana enrejada, proyectando un crucifijo de sombras sobre el pavimento. Era una clara advertencia: en aquel lugar, hasta la claridad estaba presa.

Entró en el gimnasio con el corazón desbocado. Percibió el hedor a jabón industrial y lejía con el que esa misma mañana, junto a tres compañeros de barracón, había fregado el suelo. Alcanzó la puerta del cuarto de calderas.

Escóndete, Bera, que no te encuentren, resonó en su cabeza la voz de Luka.

Abrió y bajó los peldaños de dos en dos. La penumbra la envolvió. Se ocultó entre las tuberías, con las piernas trémulas por el miedo. Escuchó el eco de las risas de *la pandilla*, aquel grupo de cinco muchachos que atemorizaba a los reclusos y se hacía llamar

“Los Espartanos”: Serafín, su líder, *Cuatroojos*, *El Pecas*, *El Mantecas* y *Busbuni*.

Se ovilló bajo un conducto grueso, sintiendo el calor del metal y el vapor que recorría sus entrañas.

—¡Sabemos dónde *estaás*! —canturreó *El Pecas* con su voz de relincho.

Bera se presionó las rodillas contra el pecho y se taponó los oídos. El sabor amargo de la pastilla que el psiquiatra le había suministrado horas antes le empalagaba la boca. Solo deseó convertirse en sombra, desvanecerse...

Un estruendo. El quejido agónico de la puerta al cerrarse.

Una mano áspera le cubrió la boca y un golpe seco en el costado le vació los pulmones. El aire la abandonó en un suspiro incompleto. *El Pecas* se abalanzó sobre ella. Se resistió, pero un puñetazo en el rostro la desconectó del mundo. Lo último que vieron sus ojos fue el brillo de las hebillas de las botas, unas suelas de goma sucia y un regusto metálico pegado al paladar. Como remate: un penetrante dolor en las entrañas que se ahogó en su garganta.

Cuando el aire regresó a sus pulmones, el silencio era total. Los espartanos se habían marchado. Tenía los nudillos en carne viva y el cuerpo le dolía como si la hubiesen apaleado. Un paño húmedo le refrescaba la frente.

—*Ya pasó, Bera. Ya pasó...* —le susurró Luka al oído.

Ella se sentía como una sardinilla en un mar de tiburones. Se aferró a él como a un ancla mientras recuperaba el aliento. En la penumbra del cuarto de calderas, Luka permanecía erguido, con esa determinación que ella nunca tuvo, vigilando la puerta cerrada.

Era un muchacho fuerte que acostumbraba sentarse con ella en el patio. Juntos imaginaban mundos alejados de aquellos muros. Compartían confidencias y, buscando orden en medio del caos, escapaban de la realidad jugando al ajedrez con piezas de madera que él mismo tallaba.

Varios días después, con las heridas aún abiertas, aquella caterva de despojos humanos volvió a acecharla. Una vez más, él se interpuso.

Con el tiempo perderían la cuenta de cuántas veces se repitió la misma escena: ellos la atacaban, él la defendía. No importaban las palizas ni las cicatrices que le tatuaban el alma. Tampoco las interminables horas encerrado en la “habitación del silencio” con las que el alcaide le castigaba por enfrentarse a sus protegidos. A diferencia de ella, Luka se había forjado en la resistencia; su único deseo era construir un refugio en medio de aquel torbellino de miseria. Era un resiliente y su sacrificio permitió que aquella niña sobreviviera.



En la actualidad.

Maite se apartó del abrazo de Pablo. El frío de la piedra contra la espalda le recordó dónde estaban. Deseaba seguir junto a él, pero la sensación del “qué dirán” clavado en su nuca le hacía sentirse expuesta a miradas indiscretas.

—Vámonos. Aquí no.

—Maite, por favor —insistió él, su respiración agitada contrastaba con el silencio helado del monte Gaztelumendi—. Nadie sube hasta aquí a estas horas.

Ella señaló la silueta imponente de la ermita de San Martín.

—No es eso. Prefiero que entremos dentro.

Pablo maldijo en voz baja, pero la siguió hacia la parte posterior. La puerta carcomida por el tiempo parecía inexpugnable hasta que Pablo notó unas marcas recientes en la madera, como si alguien la hubiera forzado hace poco. Arremetió con el hombro y la madera cedió con un crujido seco.

El interior era negrura absoluta, pero no olía a humedad. Una fragancia dulzona e intensa, como incienso barato que enmascaraba algo podrido, los envolvió. Maite se tensó.

—Pablo, espera. Esto no me gusta.

Él no respondió, impulsado por una urgencia ciega, y la rodeó con los brazos, buscando su cuello con los labios. Maite se dejó llevar pese a la inquietud. Sus manos, excitadas, buscaron apoyo en el suelo, pero se toparon con una textura extraña: algo seco y quebradizo que crujió bajo sus dedos.

—¡Quieto! —exigió Maite con un pánico creciente—. Enciende la linterna del móvil. Ahora.

El joven, a regañadientes, tanteó en la oscuridad hasta encontrar su mochila. Sacó el móvil. Un tímido haz de luz arañó la negrura, iluminando de forma espectral el cuerpo semidesnudo de su amada y, tras ella, el horror.

El grito de Maite fue un puro alarido.

Sobre una alfombra de arena reposaba una silueta de restos humanos carbonizados. La piel era una costra negra y quebradiza. Las extremidades, seccionadas, habían sido unidas de nuevo con alambres, conformando una macabra marioneta. La presencia de un alzacuellos blanco, pulcro e inmaculado aferrado a la garganta del finado, les congeló la sangre de las venas. El contraste era una bofetada. Pablo empujó a Maite hacia la salida.

Una vez fuera, la bilis les quemó la garganta. Se doblaron, intentando expulsar el espanto contemplado. Sus rostros estaban descompuestos bajo el último vestigio de la luz rojiza del atardecer. Nunca habían estado ante la muerte; nunca sus dedos habían rozado la textura de la carne quemada.

Minutos después, con los dedos aún temblorosos, Pablo marcó el 112. A la media hora, las luces de los coches patrulla rompieron la quietud de la ermita, tiñendo el robledal de azul y rojo. La calma había terminado.

Mientras tanto, alguien observaba desde la espesura. Oculto tras un castaño centenario, vio a la pareja huir del horror que él mismo había sembrado.

Se agachó y tomó un puñado de tierra húmeda. No la miró; la inhaló, buscando la esencia de la descomposición. Sus dedos sufrieron un leve espasmo que controló cerrando el puño con fuerza.

Desde su posición, el mundo parecía un tablero de ajedrez donde las piezas empezaban a moverse. Miró hacia la lontananza, hacia donde sabía que ella —su otra mitad— despertaría en algún lugar de la ciudad.

Deja de tomar ese veneno, murmuró al viento gélido. Deja de dormir... y recuérdanos.

Se dio la vuelta y se desvaneció entre las sombras del bosque. El juego de la Dama Negra acababa de empezar.

INSPECTOR AITZOL ARENCIBIA

Se suponía que iba a ser una tarde de domingo tranquila. Cinco meses para la jubilación y una promesa de paz me aguardaban, pero el puto móvil dictó lo contrario. Ahora, mis pulmones ardían mientras ascendía por la ladera hacia la ermita de San Martín. La luz de la luna apenas rasgaba la oscuridad y el olor de la tierra húmeda se mezclaba con el de mi propio sudor.

El haz de la linterna de mi ayudante, Gorka Goixerri, iluminó el sendero. Me entregó una bolsa de pruebas que contenía una cápsula de gas vacía; un objeto minúsculo al que no le concedí importancia.

—La forense nos espera —dijo él. A diferencia de la mía, su voz sonaba fresca, casi ansiosa.

—¿Qué tenemos? —pregunté, tras darle un sorbo a un café de máquina que, por descontado, estaba frío.

—Un cadáver. Varón. Kar mele le explicará el resto.

En el interior de la ermita, una fragancia empalagosa me obligó a fruncir el ceño. Kar mele Kortajarena permanecía arrodillada junto al cuerpo. Me saludó con un leve gesto de su barbilla, sin perder la concentración.

—¿Incienso? —inquirí.

—Eso parece. Perfume barato para enmascarar un hedor persistente —respondió sin apartar la vista del muerto. El cuerpo era un amasijo negro de carne y alambre. Ni los potentes focos lograban disipar aquella negrura.

—¿Hora de la muerte? —pregunté, aun conociendo la respuesta.

—Imposible con este grado de carbonización. Lo han incinerado a conciencia; ni siquiera sé si estaba vivo cuando empezaron.

—¿Algo más?

Karmele retiró el alzacuellos de la víctima.

—Tiene algo en la garganta.

Me acerqué. El bulto era evidente: una protuberancia extraña bajo la piel quemada. Busqué instintivamente el paquete de Marlboro, pero la mirada punzante de la forense me hizo desistir. Guardé el cigarrillo.

—Hasta que no lo tenga en la morgue no sabré qué es —aclaró ella—. El autor ni siquiera se molestó en hacer una pira. Apostaría a que usó un soplete industrial. Gorka ha encontrado una de las cápsulas de gas. Fue meticuloso: lo quemó sobre una cama de arena para evitar que el calor incendiara la ermita. Sabía lo que hacía.

—¿Quién podría ser tan... metódico? —murmuré.

—Sígueme.

Abandonamos el templo y descendimos unos metros por la ladera. Karmele señaló unas marcas en la tierra, cerca de un viejo castaño.

—Fíjate en el tamaño de estas huellas.

—¿Un treinta y siete? —aventuré—. Muy pequeño para un hombre.

—Estás pensando en tu caso *Morfeo*, ¿verdad? —adivinó ella.

En comisaría llamábamos así a los crímenes sin resolver; pesadillas que reaparecen cada noche para martirizarte.

—Nueve años, Karmele, y sigo en blanco. Alguien estrangula a un chico y le arranca los ojos. ¿Quién olvida algo así? Mi principal sospechosa era una niña de trece años... y ahora aparecen estas huellas. La vida es caprichosa.

—Aitzol, déjalo ir. Lo de *Morfeo* es una estupidez.

—Una estupidez que no me deja dormir. Algún día, Karmele. Algún día.



Me despertó el estruendo del móvil. La luz grisácea del amanecer se filtraba por la persiana, proyectando sombras irregulares en las paredes. Se respiraba el silencio de una ciudad contenida. Desde mi apartamento del Arenal se escuchaba el zumbido de los primeros tranvías.

—Inspector, han pasado cuarenta y ocho horas y no veo avances —la voz de Madariaga llegó nítida, sin las interferencias de hace una década—. Tengo a los hosteleros preocupados, el turismo puede caer. Además, la Iglesia me presiona, han profanado una ermita y el obispo empieza a hablar de incompetencia.

—Estamos en la fase preliminar, alcalde. El escenario estaba muy limpio. Demasiado.

—No me venga con tecnicismos. Y otra cosa: mantenga a los chavales que encontraron el cadáver fuera de los focos. Además de ser menores, son hijos de buena familia, no necesitamos un circo. Que su pronta jubilación no sea un titular sobre su incompetencia. Encuentre al asesino, que no le ocurra lo de hace nueve años.

—Podría ser una asesina —solté, observando la foto de las huellas del 37.

Escuché un bufido al otro lado de la línea.

—¿Una mujer descuartizando y quemando? Déjese de elucubraciones, Arencibia. Busque a alguien con fuerza física, alguien que encaje. No me venga con fantasmas del pasado.

Colgó sin esperar respuesta. Dejé el teléfono en el bolsillo del pijama y me acerqué al mueble bar. Un trago de *patxaran* fue el reactivo necesario para encender mis neuronas. Me senté en mi sillón y pensé en Madariaga. Lo conocí cuando era rector del reformatorio, durante la investigación de aquel joven sin ojos. Bilbao había mutado de ciudad industrial a icono de la modernidad. Del mismo modo, Manuel Madariaga había pasado de ser un gris director de centro de menores a convertirse en el flamante alcalde de la villa bilbaína. *¿Cómo habrás trepado tanto?*, pensé, observando mi reflejo en el vidrio de la botella. El sabor amargo de mi paladar no lo causaba la llamada, sino algo que llevaba fermentando nueve años. Recordé mi primer uniforme, la pasión de mis inicios y el ascenso a homicidios. Todo aquello quedó empañado por aquel cadáver mutilado. A

pesar de las medallas y los ascensos, el caso *Morfeo* era mi gran fracaso.

Cómo siempre que la brújula interna se me desajustaba, decidí hacerle una visita a mi tabernero favorito, a Joserra. Me enfundé la gabardina y puse rumbo al Casco Viejo. Aquel aire, cargado de salitre y de historia, siempre me ayudaba a pensar. Al cruzar el cantón de la Sota, más cicatriz que calle, una brigada de limpieza achicaba los restos de la pasada noche festiva. Quizá yo debería hacer lo mismo con la basura que inundaba mi cabeza.

Entré en la taberna Joserra. La campana tintineó con el eco de mi juventud y un cartel de un joven Iríbar me saludó desde la pared. Joserra, ancho y de cuerpo curtido, me miró por encima del hombro.

— ¡Aúpa, Aitzol! Tienes cara de haber dejado escapar a un asesino. Marchando un bocata de bonito con alegría para el inspector.

Acepté el viejo truco con una sonrisa forzada.

Al primer mordisco, el crujir del pan y el picante del pimiento actuaron como una inyección de morfina.

—Incinerado, Joserra. Una marioneta de alambre y carbón. ¿Por qué, Joserra? —susurré para no asustar a los clientes.

Joserra apoyó sus brazos sobre el mostrador y me clavó con la mirada.

—La pregunta no es por qué, Aitzol. Tú sabes que los monstruos no tienen explicación. Lo que debería intrigarte es: “¿para qué?”

Cerré los ojos. El asesino no había cometido errores. Aquella escenificación macabra, el alzacuellos, las huellas... no eran descuidos. Eran una invitación.

El asesino no estaba dejando pistas; estaba jugando conmigo.

BERA MONTALBÁN

Me llamo Bera Montalbán. Tengo veintidós años. Quizás os preguntaréis por qué una hacker ha acabado trabajando como detective privado. La respuesta es simple: supervivencia. Necesitaba el empleo para mantener intacta mi libertad condicional, esa fina capa de hielo bajo mis pies que me recuerda, a cada paso, la fragilidad de mi oscuro pasado.

Desde que salí del reformatorio, mi vida es una liturgia de orden: la pastilla de *Tamidol* —el placebo químico de mi psiquiatra—, yoga, meditación y, tras enfundarme en mi chándal rosa pálido, una carrera por la ría para seguido vaciar mis demonios contra el saco de boxeo. Después, la ducha, un buen desayuno y, a las ocho y diez, metro y a la oficina. Esta rutina es la coraza que me protege del caos que aún brama en mi cabeza. Pero aquella mañana de martes, una grieta inesperada estaba a punto de reventar mi planificada vida.

Las aguas del Nervión, densas y plumizas, acompañaban mis zancadas. El olor a salitre y metal oxidado me anclaba a una ciudad que no pregunta, que solo exige movimiento. En la distancia, el titanio del Guggenheim brillaba como una promesa irreal sobre el gris bilbaíno.

Una trainera cruzó la ría; las palas herían la superficie como cuchillas. Detrás de mí, las gaviotas graznaban, pero yo solo escuchaba el latido rítmico de mi corazón. Entonces, entre la bruma, apareció una figura. El tipo lucía una barba tan uniforme que parecía un disfraz. Su sonrisa era una tira de látex tensada y sus ojos... sus ojos miraban con la suficiencia de quien se sabe dueño de un secreto.

—¡No puede ser! ¡Eres Bera Montalbán! —su voz sonó forzada y engreída. Ahí comenzó el desastre.

Lo escruté. Aquel rostro no me decía nada.

—Veo que no me reconoces —insistió—. Soy Blas. Me solías llamar *Cuatroojos*. ¿Recuerdas?

Oír ese nombre me detuvo en seco. Un regusto a óxido me inundó la boca. Era cierto. No recordaba a un Blas, pero sí al *Cuatroojos*, ese ser repugnante que tanto disfrutó humillándome. El hedor a jabón industrial, sus risas pomposas, el eco del miedo en los pasillos... todo regresó en un alud. Sentí el pulso en la mandíbula, ese ruido que el *Tamidol* debería haber silenciado.

—¿Te operaste? —balbuceé, al notar que ya no llevaba sus lentes de culo de vaso.

—Sí. ¿Cómo me ves? —preguntó, henchido de orgullo.

La conversación se dilató dos minutos infames. Hablaba con la ligereza de quien ha olvidado el daño causado. Mis nudillos se blanquearon dentro del puño. Sentí el impulso de estamparlo contra la barandilla, de devolverle todo el dolor que me obligó a tragar. Meforcé a sonreír.

—Te veo... radiante —mentí, y la hiel me quemó la garganta.

Él se acarició la barba con autosuficiencia.

—Me va muy bien. Casado, con trabajo. Me he rehabilitado, ¿sabes? He cumplido con el sistema —me miró fijamente antes de soltar la bomba—. Por cierto, ¿te has enterado de lo de Luka?

Aquel nombre vibró en mis oídos como un zumbido eléctrico. Luka. No lo había vuelto a ver desde mi salida del centro. A mi mente acudieron, como un torbellino, las partidas de ajedrez y los relatos de mundos lejanos.

—¿Le ha pasado algo? —pregunté. El aire empezó a faltarme.

—¿Acaso vives en una burbuja? Ha aparecido su cadáver en una ermita —respondió con una sonrisa que me devolvió de golpe a los años de abusos.

El sol, la ría, las traineras, todo se fundió en un borrón turbio. Mi mundo acababa de saltar por los aires.

Llegué a la oficina con el aliento entrecortado. Mi cuerpo, antes templo de autocontrol, era ahora un amasijo de nervios. Me senté frente al monitor, incapaz de frenar el temblor de mis manos. Busqué en la red, pero las noticias solo hablaban de un “cuerpo sin identificar”. No me bastaba.

Pirateé la intranet de la policía; un sistema de seguridad tan obsoleto que me abrió las puertas casi por cortesía. Su encriptación era rudimentaria, salvo un par de archivos que mi algoritmo procesó en segundos. El corazón me dio un vuelco al encontrar un informe confidencial: *Asesinato en la ermita de San Martín*.

Comencé a leer. La descripción del cuerpo calcinado y desmembrado me provocó arcadas. Sin embargo, un detalle me dio un respiro momentáneo: en el informe oficial no figuraba el nombre de Luka. Pero yo sabía que la verdad no suele estar en los informes públicos. Decidí entrar en el terminal de la forense que llevaba el caso, Karmele Kortajarena, la misma que llevó el caso de *El Pecas*.

Atravesar su *firewall* fue un juego de niños. Allí, entre ficheros privados, encontré un anexo que no había pasado el filtro burocrático. Mis ojos rastrearon cada letra hasta llegar a la última página: “*En el interior de la cavidad bucal he hallado un objeto inusual... Una pequeña figura de madera, similar a una encontrada en un antiguo caso, aunabierto*”.

Abrí la imagen adjunta. El pecho me dolió físicamente. Era una de las piezas que Luka tallaba: la Dama Negra. No importaba que no hubiera nombre; solo él podía esculpir aquella pieza cuya imperfección la hacía única. En lugar de una corona, la dama lucía dos trenzas pegadas a las sienes, a imitación de la Dama de Elche.

Descargué un audio que la forense había grabado hacia escasos diez minutos.

—*Buenas noches, doctor Gandarias. Soy la doctora Karmele Kortajarena, forense de la judicial. Al registrar la cavidad bucal de una víctima, hemos encontrado un implante. El número 4325 grabado en su superficie nos ha conducido hasta usted.*

—*Sí, ese es mi número de colegiado. ¿Qué puedo hacer por usted?*

—*Necesitamos que nos ayude a identificar a la víctima.*

—¿Deme el código final de tres dígitos?

—071.

El silencio se hizo eterno. Oí el sonido de las teclas. Y entonces, la voz del doctor lo dijo, de un tirón, sin interrupciones, sin error.

—*Su nombre es Luka Laiseca.*

Aquella confirmación me golpeó con la fuerza de un mazo. Me derrumbé sobre el teclado y lloré con una rabia que me quemaba el alma.

Cuando logré recomponerme, abrí el último informe. Un nuevo nombre me martilleó la sien: Arencibia. La idea de que aquel tipo, el mismo policía incompetente que llevó el caso del reformatorio, hace ahora nueve años, pudiera dejar escapar al asesino de Luka, me resultó insoportable.

Vengar a Luka se convirtió, desde ese instante, en mi única prioridad.



INSPECTOR AITZOL ARENCIBIA

Un aire denso y frío me golpeó el rostro al cruzar el umbral de la morgue. El olor a formol, tan familiar como indeseado, me hizo fruncir el ceño mientras una nota amarga se anudaba en mi garganta.

—¡Inspector! Justo estaba pensando en usted —saludó Karmele Kortajarena. Aunque su mirada era tan fría como el ambiente, me concedió una sonrisa profesional.

Me acerqué a la mesa. Nunca había logrado acostumbrarme a esa temperatura de mausoleo. Sobre el metal reposaba el objeto que me atormentaba desde hacía nueve años, desde que aquel antiguo caso dinamitara mi carrera: una diminuta dama de ajedrez. Era idéntica a la que hallamos, partida en cuatro trozos, entre las sábanas

ensangrentadas de aquel muchacho que amaneció estrangulado y sin ojos.

—La recuerda, ¿verdad? Y, por lo que veo, no ha dejado de martillearte la cabeza —sentenció Karmele—. Ambos sabemos que a veces el pasado no descansa y regresa con furia, pero, Aitzol, no permita que esa vieja pieza de madera lo distraiga de lo importante.

Señaló la pieza con un movimiento de cabeza .

—Esa figura y la de hace años no son la misma. Esta es la que obstruía la laringe del calcinado. Pero, a pesar del simbolismo, nuestro interés debe centrarse aquí. Observe el cuenco.

En el interior de un recipiente metálico descansaban un diente y un tornillo.

—Hemos tenido suerte —añadió la forense—. Es un implante dental.

—¿Y eso en qué ayuda? —pregunté, forzándome a apartar la vista de aquella pieza de madera.

—Desde la reforma de la Ley de Identificación Odontológica, todo implante debe llevar un código impreso. He contactado con el doctor que realizó esa operación, el eminente odontólogo doctor Gandarias, y me ha dado un nombre: Luka Laiseca.

—¿Qué sabemos de él? —El peso del nombre pareció espesar el aire.

Karmele se despojó de los guantes y los arrojó al contenedor.

—De momento, solo sabemos que está muerto. Investigar el resto es trabajo suyo, inspector.

La puerta se abrió de golpe. La entrada del profesor Xabier Xantigorri, el forense jefe, confirmaba que las altas esferas seguían el caso con lupa.

—Lamento la interrupción —dijo con una amabilidad que no ocultaba su autoridad—. He venido a traerte esto —mostró un maletín de aluminio.

—¿Cuál es su opinión en este crimen, profesor? —inquirió Karmele.

—La escena es, cuanto menos, singular —comenzó Xabier Xantigorri tomando asiento—. Un cuerpo quemado y desmembrado evoca el trabajo de un loco, de alguien falto de escrúpulos, alguien resentido con la sociedad. Pero se equivocarían. Tras un análisis minucioso, no he hallado rastro de la ira que acompaña a este tipo de crímenes. Al contrario: hay precisión, rigor y una pulcritud quirúrgica. El asesino trabajó con tiempo, no dejó nada al azar. Decidió incinerar los restos para eliminar el ADN y las huellas y, sin embargo, nos “regala” un implante con un número de serie. Conveniente, ¿no creen?

Su mirada era un bisturí.

—Por más que hemos rastreado las bases de datos, el nombre de Luka Laiseca no figura en ninguna —continuó—. Es curioso. Solo Gandarias ha podido identificarlo. La doctora Kortajarena me envió su odontograma para buscar coincidencias en el registro central y no hallé nada. Alguien ha eliminado cualquier rastro de esa huella dental de nuestros archivos, inspector.

Me dirigió una mirada cargada de intención bajo sus pobladas cejas.

—Quiero que sus expertos analicen a fondo el archivo que nos remitió Gandarias.

—¿Sugiere que ha sido manipulado? —sentí un nudo en el estómago.

—Las pruebas hablan por sí solas. Solo quiero que contemplen otras líneas de investigación. Además, me he tomado la libertad de contactar con Itziar Idiáñez.

—¿La antropóloga del Smithsonian? —preguntó Karmele, incrédula.

—La misma. Coincidimos en un simposio en Pamplona y desde entonces nos mantenemos en contacto. En cuanto le hablé de este caso aceptó ayudarnos en la investigación. Aterriza esta tarde. Una visión externa nos vendrá bien.

Sinceramente, no me importó, aunque permanecimos mudos hasta que Xantigorri abrió el maletín. Extrajo tres artilugios que hicieron sonreír a la forense.

—Aquí tienes los juguetes que pediste.

—¿Podría alguien explicármelo? —intervine.

—¿Recuerdas el alzacuellos? —preguntó Karmele—. Aitzol, tenemos una corazonada. ¿Te importaría ayudarnos a documentar el proceso?

Agradecí el tuteo; era una señal de confianza inusual en ella. Me parapeté tras la cámara mientras un foco halógeno bañaba la escena. Karmele colocó el alzacuellos en una caja de aluminio negro. Una luz rasante reveló los primeros trazos, apenas perceptibles. Luego, con la lámpara de Wood, la luz ultravioleta acentuó los bordes. Finalmente, el espectrómetro de masas hizo el resto. Bajo su luz invisible, los picos de óxido férrico de la tinta se volvieron fluorescentes. Unos trazos fantasmales comenzaron a brillar, desvelando el secreto oculto tras la prenda: una retahíla de números que, línea tras línea, cubría toda la superficie interior. Decenas de cifras seguidas, sin espacios, como una letanía cifrada.

Disparé una ráfaga de fotografías. Xabier me miró en silencio. Ninguno se atrevió a formular la pregunta que sobrevolaba la morgue.

BERA MONTALBÁN

Me desperté a las dos de la madrugada, empapada en sudor. Las pocas horas de sueño se habían convertido en un bucle cruel: flashes de Luka riendo, tachados por la visión de su cuerpo inerte. Mi mente proyectaba su rostro solo para fundirlo en una masa calcinada, con los huesos a flor de piel. Mi escudo había fallado.

Me incorporé sobresaltada. Una pregunta golpeaba, insistente, en mis sienes: ¿cómo sabía *Cuatroojos* que aquel muerto era Luka? Su nombre no estaba en la prensa ni en los informes preliminares. La única respuesta lógica era que aquel sátrapa hubiese estado más cerca de la muerte de mi amigo de lo que imaginaba. Quizá, incluso... La palabra “asesino” flotó en la penumbra de la habitación.

Una idea comenzó a fraguarse y su peligrosidad me revolvió el estómago. Iba a meterme en un avispero. Ya no pude conciliar el sueño.

Esa mañana me salté el yoga. Me enfundé el chándal rosa y salí a buscarlo a la ribera, allí por donde aquel desgraciado había presumido de pasear cada día. Pasaban los minutos y mi pie derecho golpeaba el suelo con un ritmo frenético. Cada vez que divisaba una barba, mi espalda se tensaba como un látigo, lista para el ataque. Concentré toda mi energía nerviosa en el dolor de mordirme el interior de la mejilla. El fluir del Nervión era lo único que avanzaba a una velocidad normal; para mí, el tiempo era una pausa vibrante.

Fracasé en mi intento. Ni rastro de Blas.

Regresé a casa con la rabia transformada en plan.

Comencé intentando acceder a los ficheros del reformatorio. El destino —o la desidia administrativa— quiso que solo estuvieran digitalizados los últimos trece meses. Para dar con la dirección de *Cuatroojos*, debía asaltar las antiguas instalaciones. Recé para que la burocracia hubiera sido lenta y los archivos de papel aún descansasen en sus archivadores metálicos. Si me descubrían, mi condicional se evaporaría. *Una reina nunca se rinde*, escuché la voz de Luka en mi cabeza. Aquello fue el combustible que necesitaba.

Cerré las cortinas y me paré frente al espejo. Tenía que vestirme para la guerra: nailon y poliéster negros, pasamontañas elástico y calzado resistente. Cargué la riñonera con mi inseparable juego de ganzúas, linterna, alicates y todo el coraje que pude reunir.

Aparqué a un kilómetro del reformatorio, cerca del alto de Artxanda y avancé amparada por la noche. Me detuve frente a la valla perimetral, que en realidad estaba formada por dos tramos paralelos. En la distancia, Bilbao parpadeaba con sus ojos multicolores, semioculto por la bruma que convertía la villa en un “*Botxo*” de sombras.

Superé la primera tramada. La segunda, según los rumores, estaba electrificada. Arrojé un trozo de hierro contra el metal: nada ocurrió, ni una sola chispa. Corté un tramo con los alicates y me deslicé por el hueco. Tras cruzar un anillo de ortigas y maleza, me topé con el muro de piedra: un mastodonte de cuatro metros de altura. Pero yo conocía sus debilidades, un secreto escondido en aquella mole. Busqué un boquete oculto entre la vegetación que cubría el muro, el mismo que usaban los reclusos más veteranos, niños de no más de trece años, para fumar a hurtadillas. Una vez lo atravesaban, entre caladas clandestinas, aquellos cuerpos de niños se sentían hombres. Lo atravesé, sintiendo el roce del granito contra mi piel. Al otro lado, el aire se impregnó del hedor rancio de una infancia secuestrada.

Me moví sigilosamente hacia el Módulo 2. El clic del candado al ceder ante mis ganzúas resonó como un disparo en el silencio. La puerta respondió con un lúgubre gemido, revelando un pasillo claustrofóbico. Cada crujido del edificio era un paso imaginario pisándome los talones.

Cerca de la sala de archivos, un haz de luz me obligó a congelarme. Pasos pesados. El guardia. Apagué la linterna y contuve la respiración hasta que los pulmones me ardieron. El silbido de una llave y el aroma a café me indicaron que el hombre había aparcado su orondo cuerpo en una oficina. Era mi oportunidad.

Entré en el archivo y cerré tras de mí. La linterna bailó sobre columnas de metal: cuarenta años de miseria reducidos a carpetas. Al no conocer los apellidos de la mayoría, me guíe por las fotografías que encabezaban los expedientes. Vacíé el primer cajón. Las carpetas sobre la moqueta parecían los huesos de un osario.

Cambié de estrategia. Busqué por épocas, analizando los rostros al azar. Tras varios intentos, di con la ficha del *Busbuni*, sus paletas inconfundibles me confirmaron que estaba en el sector correcto. Unos cajones más y, finalmente, el *Cuatroojos*, Blas Berenguer. Me grabé el nombre en la mente.

Seguí buscando hasta dar con el premio gordo: el expediente de Serafín. No pude evitar leerlo. Un historial delictivo que empezaba a los ocho años. Al margen, una anotación a mano del psiquiatra Carlos Celada me heló la sangre: “*Padece delirios incontrolables de trastorno de personalidad antisocial. Irascible y altamente peligroso. Captarlo para el equipo*”.

Serafín era un psicópata y trabajaba para el psiquiatra. ¿En qué? Sabía que él era el responsable de la muerte de *El Pecas* y ahora lo imaginaba despedazando a Luka. La pandilla estaba implicada; estaba segura.

Un ruido metálico cortó el aire. Un foco potente me cegó de golpe.

—¡Alto ahí! —gritó el guarda.

Por instinto, mis manos se aferraron a aquellas tres carpetas. Con paso felino, esquivé el rayo de luz. El vigilante se abalanzó sobre mí y solo alcanzó a arrancarme el pasamontañas. Mis ojos se clavaron en los suyos. En el forcejeo, uno de los expedientes cayó al suelo, perdiéndose entre la masa de papeles. ¡Me maldije! Guardé los otros dos bajo el polo y pasé al ataque.

Él no lo esperaba. Mi mano izquierda lo ancló por la chaqueta mientras mi puño derecho impactaba bajo sus costillas con la fuerza de una descarga. El hombre se dobló con un estertor gutural. Antes de que se recuperara, lancé un cajón metálico a sus rodillas y le propiné dos golpes secos en la mandíbula. Se quedó clavado, aturdido.

Corrí por el pasillo hasta el ventanal. De una patada, el cristal y la celosía estallaron. Salté al vacío. Al aterrizar sobre la hierba, un crujido en mi tobillo izquierdo me hizo ver las estrellas. Ignoré la punzada y corrí hacia la valla con la adrenalina quemándome las venas.

Una vez fuera, me apoyé en un árbol, jadeando. En la lejanía, el haz del guardia me buscaba sin éxito. Me alejé cojeando, sintiendo el tamborileo del dolor en mi tobillo. Apreté mi botín contra el pecho. Esas carpetas no eran solo datos; eran las piezas de una partida que acababa de empezar.

La reina estaba herida, pero entera. Y no se detendría hasta ver al rey acorralado. Esto ya no era justicia; era una simple y dolorosa venganza.



La adrenalina, mi anestesia personal, se disipó al abandonar el reformatorio y dio paso una punzada en el tobillo que latía al ritmo de mi corazón. La visión de mi coche a escasos metros fue un balón de oxígeno. Me senté al volante y respiré hondo, tratando de aplacar el dolor. El reloj del salpicadero marcaba las 23:34. Al cobijo de la tenue luz interior, examiné las carpetas. Me maldije, había perdido la de Serafín, precisamente la que más me interesaba.

Abrí la primera: Inazio Infante, alias Busbuni. Vivía en un caserío de La Arboleda, en lo alto de los montes de Triano. Su expediente era una crónica de desgracias: familia desestructurada, alcoholismo y antecedentes por robo y drogas. Lo cerré con un escalofrío. Sabía dónde encontrarlo.

En el expediente de Cuatroojos no figuraba ninguna dirección, pero su currículum criminal superaba con creces al de Busbuni.

Recordé el anexo sobre la peligrosidad de Serafín y me detesté por haberlo extraviado. Ahora, más que nunca, debía visitar a Busbuni. Emplearía el método que fuese necesario, pero le sonsacaría todo lo que sabía.

No podía esperar.

El dolor era un martillo que golpeaba mi pierna con cada bache, con cada cambio de marcha al pisar el maldito embrague. Al llegar a la basílica de Begoña, me detuve en doble fila. Allí, mientras mi cuerpo luchaba contra el espasmo, mi mente se permitió un deslizamiento hacia el pasado. Los recuerdos se desprendieron de mí como una serpiente abandona su piel muerta. El aire denso de aquel primer verano en el centro me golpeó la cara. El griterío de los niños, impacientes por la llegada de nuevas víctimas, filtró el silencio del coche.

Recordé cómo los ojos de hiena de Serafín se fijaron en mí. No habló; simplemente se acercó y posó su mano sobre el libro que siempre me acompañaba: *Un universo en una gota de agua*. Sus uñas, sucias y afiladas como garras, rasgaron la página que estaba leyendo. El susurro del papel roto me estalló en los oídos. Intenté gritar, pero la garganta se cerró.

Entonces apareció Luka. Con el flequillo al viento y sus ojos de miel llenos de vida, se sentó a mi lado sin mediar palabra. Su sola presencia levantó un muro invisible entre la pandilla y nosotros. Extrajo un tablero de ajedrez de cartulina y sacó sus toscas piezas; eran su muda protesta contra la uniformidad del reformatorio.

Serafín examinó la Dama Negra con una calma espeluznante. Luego, la dejó caer y la pisoteó. La madera se astilló con un crujido seco.

Cerré los ojos. El pasado era tan nítido que sentí arder mi mejilla por el sopapo que me acababa de propinar *El Pecas*. Aquel golpe me dejó una marca en el pómulos y un zumbido eterno. Luka se levantó para protegerme, decidido, pero antes de que estallara el caos, Serafín asió del brazo a su lacayo y lo alejó. Solo nosotros vimos cómo lo golpeaba y le recriminaba la acción.

—¡Gilipollas! —le espetó a su sicario—. Sabes que tenemos prohibido marcarles la cara. La próxima te arranco los ojos.

La razón de aquel teatro no tardó en aparecer. Por las escaleras descendía el alcaide, Manuel Madariaga, escoltado por sus guardaespaldas. Una mirada de silenciosa complicidad entre Serafín y el alcaide selló el momento. No hubo castigo para El Pecas; solo una sentencia de Madariaga: “A partir de mañana, nuevas tareas de limpieza. Quien no las cumpla, no comerá”. Aquella noche encerraron a Luka en la habitación del silencio.

A la mañana siguiente, el cuerpo de El Pecas apareció en su camastro. Lo habían estrangulado y le habían arrancado los ojos. La policía científica halló entre las sábanas los trozos de la Dama Negra que Serafín había pisoteado. El sargento Arencibia, ignorando la amenaza de Serafín que yo misma le relaté, me convirtió en la única sospechosa. Registró mi taquilla dos veces en busca de aquellos ojos. Dos veces fracasó.

Unos golpecitos en la ventanilla me devolvieron al presente. Un policía municipal me informaba de que no podía aparcar allí. Arranqué. No había avanzado cien metros cuando el pie me recordó que estaba roto. Decidí alterar mis planes: de nada me serviría enfrentarme a Busbuni con las facultades mermadas. Puse rumbo a Urgencias de Cruces.

Tras una espera interminable, la voz metálica de los altavoces me llamó: “¡Bera Montalbán! Consulta tres”. El diagnóstico fue un esguince de primer grado. Salí de allí con una tobillera, un frasco de *Somnolgesic Forte* y una orden de reposo absoluto.

Me senté al volante. Tenía que permanecer despierta; iba a enfrentarme a la pandilla sin la protección de Luka. Sin embargo, el dolor era insoportable y engullí un puñado de aquellas pastillas. Los calmantes serían mi armadura.

Aparqué a quinientos metros del caserío a las 02:50. El cansancio me pesaba en los párpados. Me recosté solo unos segundos, dejando que mi nuca descansara en el reposacabezas del asiento. No pude evitarlo: me quedé dormida.

Desperté más de una hora después. A través del cristal, una luz parpadeaba en mitad de la noche cerrada, sobre una loma. El caserío era de una sola planta, rodeado por un jardín descuidado. La luz del salón contrastaba con la quietud de la madrugada.

Avancé con sigilo, amplificando mentalmente cada crujido de la hierba. La ventana del salón estaba entreabierta; una invitación implícita. Al entrar, un hedor a humedad, comida rancia y orina de gato me golpeó. Me detuve. La habitación estaba sumida en el caos: muebles volcados, cojines destripados y libros alfombrando el suelo. Parecía que un huracán de rabia hubiera arrasado la estancia.

En el centro del desastre, los ojos sin vida de Inazio Infante miraban al techo. Sobre su pecho, la página mal arrancada de un libro. Posados con delicadeza sobre el papel, sus dos incisivos manchados de sangre. Al mirar su boca, descubrí un reguero rojo carmesí que nacía de sus encías vacías y le recorría el cuello. La hoja correspondía a la portada de *Un universo en una gota de agua*. La coincidencia me erizó el vello; era el mismo libro que yo leía en mi cautiverio.

Con dedos temblorosos y un pañuelo de papel, recogí las dos piezas dentales. Retiré la página, la doblé y la guardé en mi bolsillo. Finalmente, dejé los dientes donde los había encontrado.

Entonces vi la herida. Una cuchillada limpia y profunda asomaba entre sus costillas. La sangre, viscosa y aún tibia, indicaba una muerte reciente. Bajo su cadera descansaba el arma: un cuchillo cebollero.

Me incorporé para revisar el entorno. En un rincón, una enclenque mesa de té se mantenía en pie, desafiando el desorden. Sobre ella, un sobre con mi nombre escrito en una caligrafía gótica, elegante y clara. Dentro, la fotografía en blanco y negro de una niña de cabellos claros sobre un fondo difuso, casi pixelado. No reconocí a la niña, pero ese era mi nombre. El mensaje era evidente: alguien quería incriminarme. Noté un extraño bulto. Una pequeña tira de plástico transparente mantenía una tarjeta microSD adherida al reverso.

El sonido lejano de una sirena me devolvió la urgencia. Guardé el sobre y me dirigí a la salida trasera. Fue entonces cuando lo vi: un retrato de grupo apoyado en una alacena. Los Espartanos. Busbuní, El Mantecas, El Pecas, Cuatroojos. Y en el centro, la mandíbula estrecha y la frente prominente de Serafín.

Tomé el cuadro y lo estrellé contra el suelo. El cristal estalló. Hui cojeando por la zona sur justo cuando dos patrullas entraban por el norte.

Arranqué el motor con el tobillo latiendo con violencia. Busqué a tientas el frasco de *Somnolgesic* y, sin medir el riesgo, engullí otro puñado. Las pastillas bajaron por mi garganta como lluvia sobre tierra agrietada. El alivio fue casi instantáneo.